

CAPITULO XV.

DE LAS ULTIMAS PENALIDADES DEL VENERABLE PADRE
FRAY MANUEL MARTINEZ DEL SACRAMENTO.



REGLA infalible es, en todo, la de la justicia de Dios, que se ostenta por eso en la razón y rigurosa consecuencia de los sucesos históricos. Cuando iba á cumplirse un cuarto de siglo de estar en Izamal el Venerable Padre Martínez, esto es, allá por los primeros meses del año de 1848, el Estado de Yucatán experimentaba de una manera inaudita y verdaderamente terrible, la indispensable consecuencia de haberse suprimido la Orden Franciscana, pues ésta, como la única pacificadora y civilizadora de la raza indígena, tenía qué probar con su ausencia, el inmenso bien que de todos modos, su presencia había producido por tres centurias. Y cosa extraña! Esta verdad es hoy en día muy poco observada, sin que hayan faltado filósofos, políticos y escritores que hubiesen indagado, sin éxito, por diferentes caminos, cuál fuese la verdadera y principal causa de la guerra de castas. Empero, basta una sola mirada allí sobre el punto á que deben dirigirse los ojos del alma, para ver y aun para tocar, como con la mano,

una verdad tan manifiesta. Hemos visto que había *veinte y siete* casas de franciscanos esparcidas por toda la Península á principios de nuestro siglo, y por más que los indignos de pertenecer á tan sagrado instituto, (que sin vocacion legitima habían ingresado en él, más bien para contribuir á su ruina), perjudicasen las apostólicas tareas de los verdaderos hijos de San Francisco, estos últimos seguían produciendo un bien de incalculable valor para la sociedad yucateca, en la enseñanza continua, verbal y metódica de la doctrina cristiana á todos los indios, sin excepcion alguna de sexo ni edad, moralizándolos y haciéndolos constantemente ciudadanos pacíficos y útiles.

Cortar de repente á raíz, como se hizo en 1821, el árbol benéfico que tal fruto producía, extinguiendo los conventos y obligando á los monjes á secularizarse y á desaparecer, propagándose é infiltrándose al mismo tiempo por todas las capas sociales las ideas anticatólicas y revolucionarias que califican de fanático al perfecto cristiano, de inútil y pernicioso al monje, de despreciable la doctrina cristiana, y en fin, de enemiga del Estado á la Iglesia, ¿ qué había de producir sino el desorden social, la discordia civil entre los hijos de los conquistadores y la guerra de castas rebelándose los aborígenes contra todas las demás razas? Sin los misioneros franciscanos, la conquista española en Yucatán no se habría consumado de una manera justa, digna y beneficiosa, así para el conquistador como para el conquistado, y puesto que á los tres siglos no habían concluído los misioneros la obra trascendental y grandiosa de connaturalizar á los indios con la esencia de la civilización, y consiguientemente de facilitar y concluir su amalgama con la raza blanca, el suprimirlos, á los franciscanos, era cegar el único manantial de que pendía la salud y engrandecimiento de nuestro pueblo, y de aquí, volvemos á decir, tenía qué resultar necesariamente la discordia civil y la guerra de castas, á no ser que imitando á la América del Norte, y tenien-

do el mismo poder que allí tienen los hijos de los conquistadores, hubiésemos seguido la práctica antihumanitaria, anticristiana y anticivilizadora, de exterminar á la raza indígena, arrojándonos después el dictado antonómico de *americanos* (!).

La dolorosa expectativa del gravísimo mal que hemos apuntado, como la necesaria consecuencia de la abolición de los franciscanos, y que iba á conmover hasta sus más hondos cimientos á Yucatán, debía ser, y fué en efecto, una de las penas más grandes que, como crueles saetas, herían el noble corazón del Venerable Padre Lector Fr. Manuel Martínez. Este había visto desaparecer en 1829 en un horroroso incendio de la misma Parroquia de Ixamal en que se hallaba, la Imagen monumental y portentosa de la Purísima Concepción, erigida tres siglos atrás por su antecesor y cohermano, el Venerable Padre Fr. Diego de Landa, como patrona especialísima de los indios y de todo el pueblo yucateco, habiendo sucedido aquel desgraciado siniestro, ocho años después de suprimida la Orden Franciscana, viendo, á no dudarlo, en tal suceso, como un tristísimo presagio de grandes y públicas calamidades. En efecto, no llegaron los últimos días de aquel año, sin que el antes proverbialmente pacífico Estado de Yucatán comenzase á perder la paz con su primera escisión respecto de México, que fué el primer paso de la prolongada guerra civil que sentó sus reales en nuestra sociedad. El desorden de ésta contagió á los indios, á quienes constantemente se enseñaba desde entonces á no respetar los principios de la doctrina cristiana y á la Iglesia que la enseña. Los indios comenzaron por auxiliar forzados á éste ó aquel partido de la raza blanca, y acabaron por discurrir, que si derramaban sus sudores y su sangre por quienes les exigían su auxilio para triunfar de sus adversarios, ellos podrían trabajar mejor por su propia cuenta, rechazando de su suelo á la raza conquistadora. Estalló, pues, con todos sus horro-

res la guerra de castas en el año de 1848, *veinte y siete años* después que las *veinte y siete casas* de la Orden Franciscana recibieran el golpe de muerte en 1821. Coincidencia notable: un año por cada convento bastó para separar de la civilización á los hijos de los antiguos yucatecos, los hijos de los célebres mayas, dignos de mejor suerte, y que sólo la tendrán lograda en el regazo maternal de la civilización cristiana.

Estalló, dijimos, con todos sus horrores la guerra social, y basta, para prueba de esto, indicar que, de más de medio millón de habitantes que entonces tenía la Península, más de las dos terceras partes eran de indios puros de quienes ya estaba separada la influencia benéfica de los veinte y siete conventos de Padres de San Francisco, únicos maestros y moralizadores que, de tal manera habían dominado con la Cruz y el Evangelio á aquellos corazones semibárbaros, semicivilizados, que aun hoy, tan atrasados como se encuentran, no es, en verdad, para ellos un completo sacerdote, un misionero á toda satisfacción aceptable, el que no lleva sobre sí el hábito franciscano; de suerte que no teniendo nada qué temer y venerar, emprendieron una guerra del todo bárbara y salvaje.

Es verdad que la influencia religiosa permanecía, hasta cierto punto, por medio de las Parroquias en que quedaba dividido el Obispado, pero ni había suficiente clero secular para sustituir al monástico, ni era todo él adecuado para trabajar en la forma y método que las misiones y doctrinas franciscanas lo hacían, de suerte que en una gran mayoría, los indios ya no eran cristianos, sino sólo en el nombre. Por lo mismo, la antigua barbarie gentilica hizo una reacción tan horrible, que la raza blanca y los mismos partidos contendientes, quedaron petrificados de espanto en presencia de la guerra salvaje, á que habían dado lugar las máximas de impiedad y liberalismo, y las cuestiones de partido á que, en el más lamentable abuso de la libertad política, se habían todos entregado.

En pocos meses los indios insurrectos dominaron casi toda la Península, habiendo pasado á fuego y sangre nuestras ciudades, villas, aldeas y rancherías en las regiones del Oriente y del Sur, acercándose, por último, como un torrente desbordado, á las ciudades de Izamal y Mérida por un lado, y de Campeche por el otro, para que acabara de desaparecer el desgraciado país, del catálogo de los pueblos cultos, hundiéndose de nuevo en la barbarie, de que sólo la Orden Franciscana le había sacado. ¡Oh, cuán pronta y cuán justamente castigaba así el cielo al novel Estado libre, independiente y soberano, que en la elación de su orgullo, creyó poder hombrear con Dios, y corregir la obra de civilización católica y de libertad verdadera, excluyendo de los elementos sociales á la Religión distribuida al pueblo como el pan de su corazón y de su inteligencia, por el ministerio del clero! Yucatán se vió perdido, arruinado, humillado en tales términos, que ahogándose por una parte en sus propias revoluciones y en la sublevación indígena, viéndose por otra, declarado en rebelión por el Gobierno general de la República, y por consiguiente abandonado á su sólo suerte, salió como de un letargo, volvió en sí como el demente que después de accesos violentos de furor, recobra el juicio, á tiempo de encontrarse hundido hasta el cuello en el sepulcro. Yucatán encontró agotada en sus disensiones la juvenil y robusta fuerza que pudo hacer de él un pueblo grande y libre, despertó bajo el machete del indio que, con muy buena lógica, parece que le decía: "Pues ahora predicáis que la Religión enseñada por el Fraile, es retroceso y fanatismo, y que el rechazarle y destruirle es la libertad y la gloria de las naciones, dejadme con mi propia gloria pagana y mi libertad anterior á la conquista. Mueran todos los blancos, mueran los tiranos, afuera Religión, afuera Frailes! Si nos habíamos querido sujetar y unir á vosotros, fué porque esos Frailes nos predicaron á la sombra de la Cruz que vosotros y nosotros éramos todos hi-

jos de un solo padre, y que no debía haber más que una sola Fe y un solo bautismo. Ahora enseña lo contrario vuestra razón y vuestra ciencia, pregonándonos en todos los tonos, que los Frailes son los tiranos de la conciencia, que la predicación clerical es un tejido de patrañas y mentiras; luego no somos hermanos; luego no debemos creer ni en el Cristo, ni en la unidad de la raza humana. ¡Idos, pues! ¡Idos al país de que habeis procedido, y dejadnos libres á nosotros en el suelo de nuestra patria! ¡Idos ó morid! Sí! ¡Fuera Frailes, fuera advenedizos, fuera tiranos! ¡Viva la libertad! Mueran los blancos, bendita sea la revolución, bendito el liberalismo!"

El Estado de Yucatán agonizaba; dirigió los suplicantes ojos al mundo, viéndose en la triste y vergonzosa condición de perecer para siempre ó mendigar, como lo hizo, ante las naciones extranjeras, como un gran favor, que fuera aceptado su extenso territorio; su importante posición geográfica en medio de dos mares y al pié de las grandes cordilleras sur-americanas; y sus mismos hijos, en fin, en cambio de la salvación que él por sí no podía operar.

¡Oh días aquellos de la más profunda pena y confusión de todo un pueblo que, empujado y arrollado como las olas del mar por un viento tempestuoso, desde los confines del Oriente y del Sur, había venido con sus ciudades, villas, pueblos y rancherías, á agolparse en las costas del otro extremo, donde era recogido por la caridad de los navegantes, cual si fuera un pueblo náufrago!....

.....

.....

Había naufragado, en verdad, la nave del Estado, y sus desolados y propios hijos, fueron trasportados por la humanidad de los extraños á otros puntos pacíficos ó menos peligrosos de la costa, ó eran llevados á Veracruz, Tabasco, á las Islas cercanas, ó á la colonia británica de

Belice, agarrada como un cáncer devorador al suelo de la patria.

Tal era la deplorable situación del país cuando el Venerable Padre Lector, Fray Manuel Martínez, llena su alma de aflicción, la más acerba, y como identificado con Jesús en su Pasión, llegó al ocaso de su vida.



CAPITULO XVI.

CONTINUACION DEL ANTERIOR.— MUERTE DEL VENERABLE PADRE.

BENDECIR debemos por todo, las siempre justas y misericordiosas disposiciones del Señor, en la vida y la muerte de los hombres. Era el 20 de Mayo de aquel funesto año de 1848, cuando los indios, llenos del orgullo de sus victorias y de su barbarie, llegaron en incontables turbas á cerrar en contorno de la ciudad de Izamal un sitio, dentro del que, había para la defensa, como unos mil hombres, desgraciadamente acaudillados por el Comandante D. José del Carmen Bello, que no era nativo de aquella ciudad, ni en manera alguna apto para los grandes y gloriosos hechos que debían emplearse en la salvación del honor, de la justicia y de la vida en aquellas críticas circunstancias. Izamal es una plaza verdaderamente militar, sobremanera fuerte, porque á más del elevado atrio parroquial y su pórtico que constituye una fortaleza, existen todas las demás colinas artificiales, que no solo dan á la ciudad un carácter de majestad histórica,

sino que con mil hombres y la artillería que allí había mandado colocar el General en jefe desde Mérida, se podía defender perfectamente contra la muchedumbre de indios que le asediaba. Todos los elementos necesarios para la defensa y aun para la persecución del enemigo se habían conducido á la ciudad, y las tropas que existían en las poblaciones inmediatas al Oeste y al Norte, podían y debían obrar de acuerdo para dar en Izamal una seria y aun decisiva lección á los sublevados, y desde allí comenzar á reconquistar todo lo que se había perdido en las regiones del Oriente. Mas por una parte, la ineptud del Comandante Bello, de tristísimo recuerdo, y por otra, las pasiones políticas que dividían los ánimos de los jefes, contribuyó grandemente á que los mismos medios de salvación para la patria, fueran instrumentos de la ira de Dios en contra de ella para su castigo.

El Sr. Bello dispuso, de acuerdo con otros jefes subalternos, á los diez días del sitio, levantar el campo saliendo por el camino de Tekantó, que se observaba libre y abandonar la ciudad á merced de los invasores. Dióse un aviso á las familias que quedaban aun en la ciudad, para que entre las filas de las tropas seliesen á la media noche del 29 de Mayo para amanecer del 30, con dirección á la capital por el camino indicado.

El Venerable Padre Lector no pensaba salir: había-se determinado á permanecer en su iglesia como el único guardián de ella y de toda la ciudad desolada cuando saliesen la guarnición y el resto de los moradores, abandonándose á la voluntad del Señor, cuando los bárbaros penetrasen á tomar posesión de la histórica ciudad, que sus mismos defensores tan imprudentemente les dejaban. Pero fuéle notificado que era una orden terminante de la Comandancia la de salir, siendo por consiguiente un deber; y, como además, le decían todos que no era prudencia quedar expuesto sin necesidad ni razón alguna plausible al furor de los bárbaros, dando más fuerza á

estos razonamientos las vivas instancias que todos le hacían como hijos á su padre para que les acompañase en la dolorosa emigración, hubo al fin de condescender. Tomó, pues, cerca de la media noche un Crucifijo y su breviario, y cubriéndose con un sombrero, presentóse con las familias en medio de las columnas de las tropas que emprendían silenciosamente su fuga. Por más que le instaron y rogaron, no quiso aceptar el caballo que le ofrecían, pues como ya sabemos, sólo había usado de cabalgadura, de carruaje ó de otro vehículo, cuando era de todo punto imposible viajar á pié. ¡Ah! qué cuadro aquel tan triste de un pueblo, que emigrando en masa de sus hogares, de sus templos y de los sepulcros de sus padres, sale en la oscuridad de la noche y mira poco después brillar siniestramente delante de sus ojos sobre los campos, el fatídico reflejo de la inmensa llama en que se abrasa la ciudad de que acaba de salir!... Los gemidos y los suspiros ahogaban á aquella desolada caravana, en medio de la cual, el Venerable Padre Lector representaba al vivo al santo Jeremías en medio de los hijos de Jerusalén, cuando abandonando su ciudad, presa de los babilonios, emigraban para otros países, llevando transido el corazón de dolor, y viendo cumplirse á la letra todas las predicciones de este varón de Dios.

Como unas tres millas de la abandonada ciudad de Izamal, allá por un lugar llamado Kantoilá, el Venerable Padre cayó en tierra al tropezar de repente su desnudo pié con una angulosa piedra; y como el Salvador del mundo bajo el peso de la Cruz, golpeóse el cuerpo todo al caer sobre las piedras; abriéndosele una gran herida en una pierna de que brotaba un arroyo de sangre. Ni aun con esto quería aceptar la cabalgadura que con ruegos le ofrecían; pero todos cuantos le rodeaban le instaron más y más, haciéndole, por decirlo así, una filial y amorosa violencia, de suerte que hubo de deferir, y montó el caballo que hasta entonces había

servido al Sr. D. Yanuario López, continuando de este modo aquel camino de amargura.

Amanecióles en el pueblo de Tekantó,¹ y como ya el Venerable Padre estaba con fiebre á consecuencia de la caída y de la herida, hubo de continuar su viaje para Mérida en una camilla entoldada.

En los primeros días de Junio, llegó á Mérida, después de muchos años de no venir á ella, llegando á su antiguo convento de la Mejorada; y cuando se sintió un poco aliviado de la enfermedad, se dirigió al Palacio Episcopal á presentarse al Ilmo. Sr. Dr. D. José María Guerra, no solo como á su Obispo, sino como al Superior de su Orden. Nunca se olvidó en Palacio aquella entrevista de dos tan grandes personajes. El Venerable Lector parecía la misma persona del Seráfico San Francisco de Asís, demacrado por la penitencia y por la palpitante aflicción de su espíritu, y sellado con los golpes y heridas como el Mártir sacrosanto del Gólgota. Alto, blanco y

¹ Continuaron su marcha precipitada á la capital, (los jefes y tropas á cuyo abrigo iban las familias), dice el Sr. Baqueiro, dejando en Tekantó un acopio abundante de víveres que ordenaron les fuese llevado á Cacalchén, aunque por otra parte, no se acordaron de dejar á los vecinos una fuerza para su custodia. El pueblo (de Tekantó) quedó enteramente abandonado; una inmensa multitud de indios (pacíficos) de las inmediaciones, bajados para la conducción de los víveres referidos á Izamal, quedaron en la audiencia, sin saber qué hacer, ni de quién recibir instrucciones, hasta que viendo esto el Cura (el Pbro. D. Eulalio Díaz, hoy Cura de Temax), hizo cargar las provisiones, y salió con ellos para Cacalchén. Los indios lo siguieron, no solo con resignación, sino conmovidos por aquellos acontecimientos, y por cuyo motivo le decían: "Hasta dónde iremos á parar, señor?" El Cura les prodigaba palabras consoladoras, y las familias del tránsito se les incorporaban, creyendo tener garantías á la sombra de aquel grupo pacífico. Los indios de las mismas poblaciones que no podían seguirlos, por muy ancianos ó por enfermos, salían á las puertas de sus casas á despedirse de aquella multitud, como si ya no se volviesen á ver, y tendiendo las manos al Cura, pedíanle con lágrimas la bendición. ¡Qué época! ¡Epoca terrible que no puede recordarse sin dolor!"

D. Serapio Baqueiro. Ensayo sobre las revoluciones de Yucatán. Tomo I. Capítulo X.

enjuto, cubierto hasta la cabeza con la capucha monástica, cruzados los brazos sobre el pecho, metidas las manos en los anchos manguillos, y sólo desnudos los piés y el rostro, acercóse al Prelado, ante el cual se inclinó profundamente y besó el sagrado anillo, conmoviendo á todas las familias y circunstantes en sentimientos de profunda veneración y poderosa simpatía por aquel hombre apostólico, ante el cual el Sr. Obispo se puso en pié, recibéndole con la atención y el respeto que un santo excita con mayor fuerza en los corazones más levantados, grandes y generosos.

El franciscano pidió al sucesor de los apóstoles su bendición para emprender un largo viaje que se proponía dar, toda vez que por voluntad del cielo, el furioso embate de la guerra le había sacado del lugar en que creía morir como anacoreta. ¡Aquel viaje era el viaje de la eternidad!

Dióselo el Pastor, y él se volvió á la Mejorada á seguirse preparando para aquel viaje, al cual se había venido disponiendo por todo el discurso de su vida.

A los tres meses, en la madrugada del 29 de Agosto del mismo año (1848), devorado de una consunción irresistible, después de haber recibido los últimos sacramentos, humildemente echado en la dura tierra, fijos los ojos en la Inmaculada Virgen María, y estrechado con la imagen de Nuestro Señor Jesucristo Crucificado, espiró dulcemente.

El día 28 de Agosto, que fué el último de la vida de este Venerable Padre, pues como acabamos de indicar, se adormió en el Señor antes que brillara el sol del 29 de aquel mes, era justamente el de la festividad del águila de los ingenios, del gran Padre y egregio Doctor de la Iglesia, S. Agustín, cuya preciosa vida acabó en dicho día del año 430, en circunstancias enteramente iguales á las de nuestro Venerable franciscano. Porque si éste, como sacerdote y como yucateco, moría con la aflicción pro-

funda de ver que las hordas de los indios insurrectos y apóstatas de la fe católica, venían como en pos de él, acercándose hasta las puertas de la capital, y arrasando á fuego y sangre todas las poblaciones de la Península, aquel grande Santo, probado de Dios en el crisol encendido de los sufrimientos, había visto á Gensericó llevar á los vándalos sobre el Africa, en tales términos, que después de sembrar por donde quiera la desolación y la muerte, la deshonra y la herejía arriana, pusieron sitio á Hipona, ciudad prelatia del Santo Obispo, quien acometido entonces de la última enfermedad, espiró á los tres meses del asedio, en edad más que septuagenaria, lleno de las amarguras de la vida en la tierra, para ir á gustar mejor las eternas delicias de la que se goza en el cielo.

Estas coincidencias no son en manera alguna casuales: ellas son preparadas y conducidas por el dedo de Dios para grandiosos fines de prodigiosa misericordia y de infinito amor. ¡Cuánto, pues, no se compararía el cenovita yucateco con el monje-obispo, á quien conmemoraba la Iglesia en aquel día que era el postrero de su peregrinación en la tierra! ¡Con cuántas veras no imploraría el divino auxilio por la intercesión de aquel mismo tan grande Santo, nada menos que víctima en su agonía de los vándalos, como éste en la suya de los indios bárbaros, y nada menos que fundador y legislador de la vida monástica al par de los Benitos, de los Antonios y de otros Padres de los primeros siglos del Cristianismo, á quienes siguió San Francisco de Asís, de quien nuestro moribundo era hijo fidelísimo!

El Señor le trajo á terminar su santa y dolorosa vida en medio de las más grandes penas y angustias sociales, en aquel mismo convento de la Mejorada, en que, siendo apenas de quince años, había recibido el sagrado Hábito á que fué siempre fiel. Vivió sesenta años, de los que pasó cuarenta y cinco en la Orden Religiosa, y veinticinco de éstos en Izamal.

Los hijos de esta ciudad, que se encontraban en gran número transmigrados á la de Mérida, rodearon el santo cadáver de su apóstol y de su padre, le bañaron con sus lágrimas y le embalsamaron con el perfume de las flores de que le cubrieron ² Veláronle todo el día hasta la tarde, en que, después de las honras fúnebres, celebradas en la propia iglesia del convento, le dieron sepultura en el panteón subterráneo de la sacristía, cubierto con una gran piedra, con argollas de fierro, para poderle abrir y cerrar.

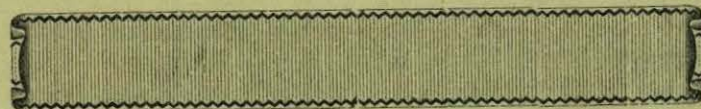
Ya lo hemos visto: toda la vida de este Venerable Padre, fué de santidad perfecta; y, si en el vulgo ha solido contarse, como para realzar su virtud, que antes había tenido, con un carácter naturalmente alegre y disipado, una época de relajación, de que se había corregido después de una riña en una turba de tahures de que diz que se acompañaba, convirtiéndose á Dios sinceramente, como de no pocos grandes Santos refiere ciertamente la historia; ésta no es más que una fábula ó conseja con respecto al Venerable Padre Fray Manuel Martínez del Sacramento. En efecto, él desde su tierna infancia hasta su muerte, acaecida á la edad de sesenta años, fué siempre fiel á la gracia del Señor, como se ve por el testimonio irrecusable de todos los documentos y de la viva voz de

² En una carta que tenemos á la vista, procedente de testigo ocular, como lo es el Sr. Cura D. Cosme M. Bobadilla, que vive, y es izamaleño, dice estas palabras: "Las honras fúnebres del Venerable Padre Lector Fr. Manuel Martínez, se verificaron en la iglesia del Convento (de la Mejorada), de cuatro á cinco de la tarde, y tuve la dicha de asistir á ellas siendo niño, en cuyo acto ví el templo henchido de gente, y el santo cadáver en una mesa, circundado de flores, por los concurrentes, los mismos que al sepultarlo se precipitaron, á porfía, á besarle los piés, tomando cada uno de aquellas flores, con la misma devoción que se acostumbra con los Santos. Concluido el acto de la sepultura, se siguieron voces laudatorias mezcladas con lamentos de los izamaleños, especialmente de los que fueron hijos espirituales del difunto Padre, y entre ellos algunos decían, que al día siguiente, hasta el tercero, se había oído un canto angelical entonando el *Gloria in excelsis Deo* en el lugar de la sepultura."

testigos que aun viven, auriculares unos y oculares otros, que deponen respecto de él.

Entendemos que dió ocasión á la fábula indicada, el hecho de haber observado la generalidad de las gentes en el país, la relajación de una parte de los franciscanos cuando existían muchos, y como después ya no había en toda la ciudad de Izamal, sino sólo el Venerable Padre Martínez, de todos reconocido y celebrado por su incuestionable santidad, fácil cosa fué en el vulgo de la mencionada ciudad, confundir con él la personalidad colectiva de los malos frailes pasados, y acabar por tener como un hecho real y efectivo, que él mismo era individualmente quien antes había sido malo, y después convertido en un raro prodigio de verdadera santidad.

Máxima es de verdad eterna, que por lo común, como se vive se muere. Nuestro Venerable Padre Fray Manuel Martínez, vivió siempre santo y santamente murió. Por eso es para nosotros indudable, que tan pronto como el soplo de la muerte elevó su espíritu á las regiones celestiales, y hundió su cuerpo en el seno de la tierra, el ángel de la guarda del dichoso finado se puso de rodillas sobre ésta, sosteniendo con una mano la cruz, como el símbolo de la fe viva y de los padecimientos del mismo, y con la otra el libro de todas las acciones laudables y meritorias de su penitente vida, pidiendo al Señor que le otorgue el merecido premio de sus inmortales triunfos.



CAPITULO XVII.

DE LA COMPLETA DESAPARICIÓN EN YUCATÁN DE LA
ORDEN FRANCISCANA.



A historia de la Orden Franciscana en Yucatán, después de la muerte del Venerable Padre Fray Manuel Martínez del Sacramento, es ya sólo de su completa desaparición.

Restablecido el Noviciado de la manera que hemos referido en el capítulo XIV, y restaurada con esto la Orden, sólo produjo en diez años, esto es, de 1840 á 1850, siete profesos, que fueron los Padres Fray Alvino Valencia, Fray Juan Herculano del Valle y Fray José Florencio Seron en 1840; Fray José Gregorio Gala en 1842; Fray José Antonio de los Dolores Maldonado en 1843, y en fin, Fray Manuel Antonio Peralta y Fray Miguel Garma en 1850.

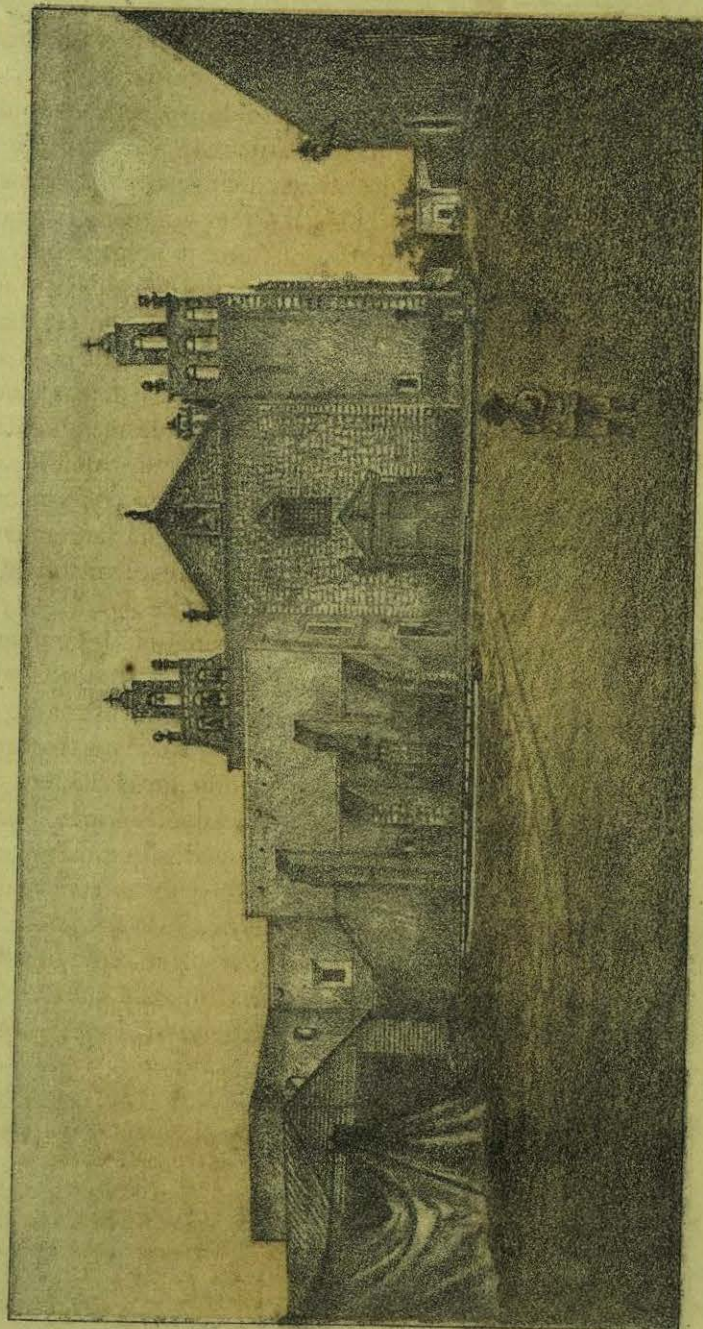
No obstante los terribles castigos del cielo, la impiedad revolucionaria continuó derramando su maligno influjo, bajo el título de principios liberales ó masónicos, que es lo mismo; y en lugar de que la sociedad agradeciera á Dios el haberle salvado de la más inminente ruina (por medio de los tesoros de la Iglesia, que entregó generosamente el Ilmo. Sr. Obispo para que se llevaran á Norte-

América y á la Habana, á fin de que se vendieran ¹ y se pudieran traer municiones de boca y guerra con que poder reconquistar el territorio perdido; y por medio del Gobierno federal, que acudió á tiempo, para impedir la completa ruina del Estado, olvidando los pasados agravios y los vergonzosos disturbios), las nuevas generaciones se declararon aun más adversas al clero, principalmente al monástico, que por las leyes de Reforma ha sido del todo abolido en la Nación entera. Despojado además el clero, así secular como regular, de sus bienes, retirada la coacción civil respecto al pago de los diezmos y demás emolumentos religiosos, reducida la Iglesia á la mendicidad, se hizo ya inevitable la extinción total de la Orden Franciscana, llevándose la muerte á los últimos cohermanos del Venerable Padre Fr. Manuel Martínez del Sacramento que le habían sobrevivido, ó que recibieron el santo Hábito como sobre la tumba del mismo. ²

El Gobierno del Estado se apropió la Mejorada en 1862, trasformándole en Hospital civil, á los doscientos veintidos años de haber sido solemnemente instalado en 1640 por la potestad civil y eclesiástica, aquel postrer convento de franciscanos en Mérida; siendo hoy el día, en que absolutamente no existe ninguno de aquella Orden ilustre y benemérita en la tierra yucateca, la cual, sin embargo, por el origen y naturaleza de su historia y de su civilización, es toda ella esencialmente una tierra FRANCISCANA. Por lo mismo, la guerra de castas existe hasta hoy, después de treinta y cuatro años de haberse iniciado, puesto que millares de indios enseñoreados de nuestros más ricos y

¹ En aquellos días, era tan grande la miseria del Gobierno del Estado, que muchas veces no se acertaba á dictar con la actividad debida las más importantes disposiciones, por falta de un pliego de papel en la Secretaría general.

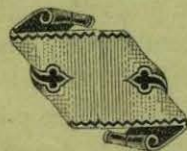
² Hoy sólo queda vivo en toda la Península, el que fué también el último en recibir el Hábito franciscano: el R. P. Fr. Miguel Garma, á manera del postrer fruto que un árbol moribundo arroja con trabajo en la última rama de su abatida copa.

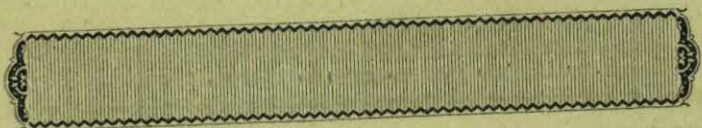


EX-CONVENTO DE LA MEJORADA.—MÉRIDA (YUCATÁN.)

feraces terrenos en las dilatadas regiones del Oriente y del Sur, han vuelto al paganismo, como dejamos referido, poniéndose en rebelión, ó constituyéndose en cantones pacíficos y aparentemente sumisos, pero en realidad independientes y amenazantes, hasta que la influencia religiosa otra vez, vuelva á conquistarlos para la civilización y para la integridad nacional, por medio de los misioneros franciscanos, ó de otros del mismo espíritu apostólico.


La sola influencia de los progresos materiales, el dominio de los adelantos divorciados de la fe cristiana, no bastarán en manera alguna, pues aun cuando llegaran á imponerse y triunfar, ó bien sería para exterminar á aquellos compatriotas nuestros, aun más legítimos dueños que nosotros de este suelo de la patria, y sin duda más desgraciados que culpables; ó bien sería para que tuviéramos que lamentar horribles consecuencias de una monstruosa estadística criminal. Si los pueblos más cultos, al perder la fe católica, han producido el mónstruo del socialismo, comunismo y nihilismo en Europa, ¿qué no producirá aquí la barbarie unida á la barbarie?





CAPITULO XVIII.

LA GRATA MEMORIA DEL APÓSTOL DE IZAMAL.

 A hace treinta y cuatro años que desapareció en el silencio de la tumba el Venerable Padre Fray Manuel Martínez del Sacramento, y sin embargo, su grata memoria vive en el corazón de la ciudad de Izamal, como si ayer aún viviese. No se conserva retrato alguno suyo, porque así su humildad, como el retiro en que vivió, no permitieron que nunca el pincel pudiese honrarse con la reproducción de su majestuosa y bella figura; pero ésta se encuentra profundamente grabada y bien delineada en todos los venturosos pechos de cuantos tuvieron ocasión de conocerle y venerarle.

Cuando de yucatecos ilustres y beneméritos se trata, ningún buen hijo de Izamal se dispensa de hacer con gusto el panegírico del célebre franciscano, del santo sacerdote, del apóstol, del anacoreta, del PADRE LECTOR, en fin, bajo cuya frase se sintetiza toda la historia del hombre más grande y más esclarecido, que las generaciones han conocido en aquella ciudad y en la Península toda, en el sentido y orden de las virtudes sólidas y perfectas, que elevan el corazón humano á prodigiosas alturas celes-

tiales, para el bien de la humanidad y para la gloria del Creador.

Por eso es, que los izamaleños han experimentado como una necesidad imprescindible, la de tener entre ellos los venerables restos de su padre y de su apóstol, para guardarlos en aquel mismo templo de la Tercera Orden, en que por tantos años moró como un ángel en la tierra. Obtuvieron á tal fin de la Sagrada Mitra una orden respectiva, y dueños ya de su tesoro, sabrán llevar á sus hijos sobre aquel sepulcro, para enseñarles allí con la más poderosa eficacia del ejemplo, las santas lecciones de la fe y de la moral cristianas.

A falta de recursos para erigir un digno mausoleo al egregio sacerdote y preclaro yucateco, adornado con digna estatua de bronce ó de granito para eternizar su gratitud, los hijos de Izamal se proponen levantar sobre aquel sepulcro, un sencillo monumento de mármol, en que pondrán esta inscripción:

A LA SANTA Y GRATA MEMORIA
DEL VENERABLE APOSTOL DE IZAMAL, É ILUSTRE YUCATECO,
FRAY MANUEL MARTINEZ DEL SACRAMENTO
DE LA SERAFICA ORDEN FRANCISCANA,
ANTIGUO GUARDIAN DE LA MEJORADA EN MERIDA,
LECTOR QUE FUE DE FILOSOFIA Y TEOLOGIA,
Y COMISARIO DE ESTA TERCERA ORDEN DE PENITENCIA,
DEDICAN SOBRE SUS RESTOS ESTE MONUMENTO
LOS IZAMALEÑOS AGRADECIDOS.
NACIO EN MERIDA EL AÑO DE 1788, Y MURIO EN LA MISMA,
EN OLOR DE SANTIDAD, EL DIA 29 DE AGOSTO DE 1848.
TRASLADARONSE SUS RESTOS A ESTA CIUDAD DE IZAMAL
Y SE COLOCARON EN ESTA SU IGLESIA DE LA TERCERA ORDEN,
COMO LUGAR EN QUE MORO Y MAS SE SANTIFICO
POR CERCA DE VEINTICINCO AÑOS.
DESCANSE EN PAZ.

En conclusión, nosotros confiamos que cualesquiera pecados que este varón incomparable pudiese haber cometido por causa de la fragilidad humana, le han sido perdonados por la misericordia infinita del Señor; porque él sin duda es como aquél de quien se dice en el Evangelio, según S. Juan, que no andará en tinieblas, sino que tendrá la perpetua luz: *Habebit lumen vitæ*. El pertenece al número de los escogidos, y su nombre, como dice el mismo apóstol S. Juan en su Apocalipsis, se encuentra escrito en el libro de la vida: *Inventus est in libro vitæ scriptus*.

En tanto, ¡oh tú! ángel ó arcángel, que humillado ante el Señor custodias el libro de la vida, que registras las acciones de los mortales para que sean calificadas conforme á la medida de la Cruz, intercede por nosotros todos, á fin de que, como de este compatriota nuestro, tan ilustre, tan grande y célebre, cuanto humilde siervo del Divino Fundador, Redentor y Legislador de las sociedades humanas, pueda en el tiempo y en la eternidad, de cada uno decirse que, "tendrá la perpetua luz, porque se halla escrito en el libro de la vida." *Habebit lumen vitæ, sicut in libro vitæ scriptus*.

